



TIEMPO ORDINARIO

XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“El que tenga oídos, que oiga”

Luis Fernando Crespo

Lecturas: Isaías 55,10-11; Romanos 8,18-23; Mateo 13,1-23

El evangelio de este domingo nos presenta una de las parábolas más conocidas y comentadas de Jesús: la del sembrador y los frutos que se recogen según la tierra en la que cae la semilla. Jesús era un buen comunicador y pedagogo, le interesaba, más que imponer sus ideas, lograr que las personas piensen, reflexionen, tomen decisiones y sean coherentes con lo que se comprometen. Para eso con frecuencia elige la forma literaria de las parábolas: partiendo de observaciones de la vida cotidiana de la gente (las faenas de la agricultura que ocupaba a una buena parte de la población, escenas de la vida familiar o religiosa...) atraía la atención de los oyentes para hacerles pensar sobre sus actitudes de acogida o rechazo ante la proclamación del Reino de Dios. El capítulo 13 del evangelio según san Mateo reúne siete parábolas, dos de ellas tomadas de Marcos y una de Lucas. La del “sembrador” que hoy leemos y es común con Marcos, y la de la cizaña que es propia de Mateo y leeremos el siguiente domingo, vienen acompañadas de su correspondiente interpretación, lo cual casi nos dispensaría de mayor comentario. No obstante nuestros tiempos son ya otros de los de Jesús y Mateo y no podemos exonerarnos de leer la parábola, escucharla y dejarnos interpelar por ella.

Con la predicación y acciones de Jesús el Reino de Dios ya estaba inicialmente presente y ofrecido como “buena noticia”, pero no todas las personas estaban reaccionando con apertura y disposición para acogerlo en sus vidas. Jesús ante la pregunta de los discípulos explica “por qué les habla en parábolas” a la gente: “porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden”. La formulación de la respuesta en los evangelios de Marcos y Lucas resulta de más difícil interpretación. A los discípulos, en cambio, “se les ha dado a conocer los misterios del Reino de los Cielos” y por eso declara: “Dichosos sus ojos porque ven y sus oídos porque oyen”. No obstante, los discípulos también deben “escuchar la parábola” con su respectiva interpretación e interpelación.

* * Ciclo A

Si bien la parábola estuvo dirigida a toda la gente, la interpretación con sus diferentes situaciones, actitudes y resultados va dirigida a los discípulos.

También nosotros, cristianas y cristianos de nuestros días, somos ciertamente “dichosos” porque hemos visto y oído y se nos ha dado a conocer el evangelio del Reino, pero igualmente estamos llamados a escuchar y discernir por qué, habiendo visto y oído, la cosecha no ha resultado tan abundante ni en cantidad ni en calidad. Hagamos el ejercicio personal y comunitario de preguntarnos ante la mirada atenta del sembrador, que si bien no se explicita quién es, podemos colegir que se trata del mismo Señor.

Nos alcanzó un día “la palabra del Reino”, pero quizá ni siquiera captó el menor interés de nuestra parte. La “palabra” iba dirigida al corazón, pero el corazón estaba ocupado ya de antemano en otros proyectos e intereses, insensible al lenguaje del sentido, de la vida, de los otros y del Otro. Hay algo de esto en nuestro contexto cultural y social que se hace impenetrable a la idea misma de Dios, su bondad y su justicia. Y conviene no olvidar la responsabilidad que nos corresponde como Iglesia en la consolidación de esa mentalidad apática y desconfiada, que llega a alcanzar incluso a muchos bautizados.

Creo que nos puede tocar más de cerca la siguiente consideración de la parábola. Un día, en un tiempo de la vida, acogimos con alegría la palabra del Reino y nos comprometimos con su propuesta. Incluso lo recordamos con nostalgia y añoranza. Pero faltó ahondamiento y reflexión enriquecedora, las exigencias y coherencia se hicieron difíciles, el “realismo” de nuevas obligaciones y responsabilidades ahogaron el entusiasmo de otros tiempos, la referencia a la Palabra fue perdiendo constancia y sentido hasta prácticamente olvidarse.

Una tercera situación viene expresada “por las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas”, que dejan la Palabra y la vida “sin fruto”. No es la preocupación *por* el mundo y sus problemas, que es una exigencia de la caridad y de la justicia, sino las preocupaciones *mundanas* absorbidas “por la seducción de las riquezas”. Es lo más incompatible con la “Palabra del Reino”. Así ya lo había proclamado expresamente Jesús en el sermón del monte: “No pueden servir a Dios y al Dinero” (Mt.6,24). La “idolatría del dinero” deja sin fruto, sin vida, sin humanidad. Así dolorosamente lo venimos constatando en este tiempo de la pandemia.

Pero Jesús tiene confianza en la fuerza transformadora de la Palabra, reconoce con alegría que muchos “pequeños” la acogen, se entregan a ella (ver el evangelio del domingo pasado) y dan fruto: “uno ciento, otro sesenta, otro treinta”. La primera lectura, tomada del profeta Isaías, expresa esa misma convicción: “así será mi palabra... no tornará a mí de vacío”. Jesús valora lo que cada uno es capaz de dar, ciento, sesenta o treinta. No toda “tierra buena” es igual. De manera semejante en la parábola de los talentos (Mt. 25,14-30). Las comparaciones cuantitativas son nuestras, los perfeccionismos y las competencias son peligrosas. Lo importante es reconocer la “buena tierra” o los “talentos” que se nos han dado y producir con paz frutos de Reino, y mantenernos críticamente atentos a lo que puede amortiguar o distraer nuestra respuesta fiel a la Palabra en cada tiempo y circunstancia. “Entender” la parábola explicada por

Jesús implica examinar honestamente con qué disposiciones la acogemos así como revisar con lucidez las trabas que nos lo impiden. Leída hasta el final, la parábola no permite acabar en el desaliento y la frustración, invita resueltamente a renovar la confianza en que la palabra sembrada está dando frutos y los seguirá dando. Hay que abrir los ojos y encontraremos, aun en medio de muchas mezquindades, muchas expresiones de amor, entrega, honestidad, sencillez, servicio, solidaridad..., que sin duda significan indudables frutos, signos del Reino.

La segunda lectura, de la carta a los Romanos, abre un horizonte cósmico -“la creación entera”- a la acción salvadora de Dios y, por tanto, a nuestra participación en ella. La plenitud del Reino de Dios anunciado por Jesús y encomendado a quienes acogen su palabra apunta a la nueva creación, liberación de los hijos de Dios y de la creación entera. La encíclica *Laudato si'* del papa Francisco recordaba con gran energía el vínculo indisoluble de estos dos aspectos. Pablo habla de que “la creación entera gime y también nosotros gemimos”. Francisco paralelamente subraya “el clamor de la tierra y el clamor de los pobres”. Nuestra tarea en la historia, cargada hoy de esfuerzo y sufrimientos, de incertidumbres y de resistencias, tiene un rumbo y una meta asegurada, que no la convierte en menos arriesgada, pero sí en más esperanzada. Esa es la “tierra buena” en la que hay que rendir fruto, sea de cien, de sesenta o de treinta.